

España 2015, fragmentos de un diario de viaje

María Vélez Johnson

Madrid

“No hay entretenimiento más apasionante que la realidad”, leí en un tatuaje urbano grabado en la fachada de la sede de un teatro alternativo, mientras caminábamos hacia el teatro Valle Inclán para ver el montaje de *La gaviota* de Chejov. A pesar de las advertencias del hombre de la taquilla que, enfático, preguntaba si conocíamos las condiciones de la obra “Dura tres horas y es en lituano”, no dudamos en entrar. Conecté el claroscuro del lenguaje dramático de la obra con las imágenes de las imponentes musculaturas de las pinturas de José de Ribera colgadas en el hall de la entrada principal del Museo del Prado y de *David vence a Goliat*, la única obra que tiene de Caravaggio el Museo del Prado.

Terminada la función, salimos a la calle y, bajo un fuerte aguacero, caminamos hasta el hotel por calles llenas, bares abarrotados de jóvenes enloquecidos por la rumba y la cerveza, a quienes tan poco les importaba la lluvia que, sentados en el suelo, parecían ignorar el agua. Los que no lograron encontrar un espacio dentro de los bares, usaban como mesa las canecas de basura. Esos jóvenes voraces de licor y drogas, casi fieros, me permitieron entender lo imprescindible de la marcha para los madrileños.

Fatigada por la caminata y derrotada por la belleza de la obra de teatro y las imágenes del Museo, intenté dormir, pero empecé a alucinar con las inmaculadas, la de Murillo y la de Tiepolo, en eterna ascensión, vestidas con túnicas destellantes y onduladas, bellas, arrogantes y soberbias, y con las venus de Tiziano, mundanas y terrenales, blancas y desnudas, en ambientes lujuriosos. Chejov y el grafiti se

funden: la realidad es apasionante, no hay que dejarla pasar, tienes que alcanzarla y caminar con ella.

Después de pasar la mañana recorriendo El Rastro, mirando personajes extraviados en la locura, salimos hacia la estación de Atocha, donde abordamos el Renfe AVE (Alta Velocidad Española) para ir a Bilbao. Me entusiasma viajar en tren porque puedo dejar que mi vista se pierda por horas mirando el paisaje. Ahora veré la Castilla amarillenta y rojiza en este tren rápido a 300 kilómetros por hora, mientras oigo en la emisora oficial de Renfe “Una noche en los jardines de España” de Manuel de Falla, con la mirada puesta en este lugar solitario y desértico donde no germinaría ningún jardín.

Hicimos el cambio de tren en Zaragoza. Dejamos atrás la ciudad, y muy pronto apareció una vieja estación habitada por trenes derruidos, el cementerio de un gran ferrocarril inmerso en la tierra ocre frente a la sierra descarnada y deshabitada. Triste imagen de España. Con el ritmo plácido del tren, y mirando a través del cristal de la ventanilla, fue llegando lenta la noche. Lejanas y en silencio, vi las luces de los pueblos en la profundidad. Después de siete horas de viaje, llegamos a Bilbao.

Bilbao

Bilbao, 19 grados. Lluve. No deja de llover. Bajo la lluvia persistente, en esta ciudad todo se ve de un bello gris. Como dice Azorín, “El gris nos hace pensar en lo transitorio que se lleva la vorágine; en lo eviterno, que ha tenido comienzo y no tendrá fin; en lo eterno, que no ha comenzado y que no acabará”.

Bilbao bajo la lluvia se ve elegante, limpia, silenciosa, plácida, lenta. La vía principal de la ciudad, López de Haro, podría estar perfectamente en París o Berlín. Tiendas de los grandes diseñadores se extienden en el kilómetro y medio que tiene la vía transitada con elegancia por vascos bellos bajo sus sombrillas y con zapatos de goma. Estaremos poco tiempo aquí. Nos quedará una mirada fugaz de esta ciudad profunda que exhibe orgullosa el Museo Guggenheim, con su fachada de titanio en el paseo de la ría, y rincones sorprendentes que permanecen escondidos en la ciudad antigua.

Inspirado por los peces que compraba su abuela en el mercado, Frank Owen Gehry construye el museo con piel de titanio. Esta suerte de escamas que recubren la fachada del Guggenheim reflejan el agua de la ría por la que parece navegar amoroso el edificio en el contexto de la ciudad. Llegamos a él caminando y, de pronto, como fantasmas, nos sorprendieron sobre la terraza las esculturas de niebla de Fujiko Nakaya que se disipan en la atmósfera entre los muros reflectantes de la fachada y el río.

Bilbao también es poesía. Se transfigura la noche con las palabras y la presencia inmóvil de don Miguel de Unamuno en el palco de la biblioteca: "Antonio Colinas y Lina Tur Bonet. Poesía y música", una velada encantadora para un público apasionado por la palabra, en esta la ciudad vieja cruzada por el río Nervión.

Santillana del Mar

Llegar a Santillana del Mar es como llegar a las profundidades de la Edad Media. En este pequeño pueblo de piedra —que no tiene mar—, donde impera el silencio, nos hospedamos en una posada atendida por un par de personajes



Expedición Mexicana, Antropometrias Aproximadas.
212 x 159 x 144 mm. Piramide del Sedora Sombrilla pinguinos.

Alberto Baraya. Fotografías B&N. Edición 20 x 30 cm. 2013

medievales. Por los corredores largos y oscuros de piedra de esta edificación que fuera una fortaleza en el siglo XVII, Jorge y su hermano, bajos y robustos, con movimientos torpes, nos conducen hacia una gran habitación de piso de madera, a la que llegamos esquivando fragmentos de armaduras, relojes inservibles, espadas con pátina de óxido, mesas rústicas y gruesas que en otra época seguro sirvieron para amasar pan en alguna cocina, caballitos de madera descoloridos escapados de un viejo carrusel y un sinfín de cosas inservibles y muy viejas.

Sin prisa nos acomodamos y salimos a caminar por las calles empedradas, con edificios de piedra anclados en el siglo XII. El silencio imperante solo se rompe en las tardes con el canto de los cuervos que vuelan a sus nidos y revolotean sobre las plazas del pueblo.

Vinimos para ver las cuevas de Altamira, capilla sagrada del arte primigenio, la iluminada por los magos de la oscuridad, donde han resistido al tiempo las obras de los maestros de las tinieblas que con fuerza pintaron los techos de piedra. Brotan de las rocas amplios frescos de bisontes enfurecidos, ciervos salvajes y caballos galopantes dibujados con fuertes y decididos trazos negros sobre los relieves

de las piedras pintados en color ocre y color de fuego. Allí están y aún brillan, intactos, en los techos de las cavernas silenciosas a pesar del paso de milenios.

Camino de Santiago

Los astros nos alumbraron la madrugada de viaje. Un par de estrellas brillaban en la oscuridad antes del amanecer. Al salir de Santillana del Mar di la última mirada al pueblo medieval queriendo fijar en mi memoria su perpetuo silencio, con la certeza de que no lo volvería a ver; por lo menos no con la mirada que tengo ahora. Tomamos un bus a Santander para emprender lo que sería nuestro camino de Santiago. No era nuestra intención purificarnos ni transformarnos, y menos expiar nuestros pecados. Nuestra peregrinación, la de un par de viajeras sin creencias ni culpas, no daría testimonio de fe. No purgaríamos pecados, ni pagaríamos penitencia alguna, haríamos el recorrido en un bus confortable.

Durante las diez horas de camino por la cornisa cantábrica vimos montañas muy verdes cerca al mar, pequeños pueblos en las playas, grandes puertos en cuyas fachadas se ve el tra-jín del mar hacia la tierra. Pueblos que miran el paisaje desde lo alto aparecían y desaparecían, entre colinas boscosas. No sabíamos si mirar a la derecha o a la izquierda; a la derecha, el mar y las playas acantiladas; sobre la izquierda, valles extensos que se internan en las montañas cruzadas por modernos y largos viaductos.

El cielo azul de Cantabria y Asturias desaparece entre las montañas brumosas, nevadas y rudas de la Coruña. Llegaba la noche sobre la cordillera fría. En los picos nevados, los parques eólicos emergen de la niebla. Dejamos atrás kilómetros que no volveremos a recorrer, y menos en un atardecer misterioso de otoño como el que quiero retener en mi memoria. Un atardecer lento y largo, quizás porque íbamos en dirección occidente, acompañando el

perpetuo ocaso del camino sacralizado por la fe cristiana.

Llegamos al lugar sagrado. Desde la ventana del hotel, la enorme catedral de Santiago de Compostela resplandecía por la magnífica iluminación blanca. Su tamaño y esplendor la destacan sobre la ciudad inscrita en el paisaje del sonido grave y profundo de las campanas que, como un prelude permanente, suenan por la llegada de peregrinos en un diálogo perpetuo con el horizonte.

A las doce, las campanas anunciaron solemnes la misa. Asistimos como espectadoras. Me emocionó la arquitectura sobria de la catedral del año 1100. Mi fe, en descenso, saltó a las profundidades de la nada después de la suntuosa ceremonia oficiada, frente al altar de oro y plata, por varios sacerdotes, en varios idiomas, incluso el chino. Presencé una farsa montada en un bello espacio arquitectónico medieval, acompañada por los cantos de una monja soprano y las melodías del magnífico y suntuoso órgano de la catedral.

Al terminar la misa, los sacerdotes, en actitud triunfante con sus ropajes de gala, abandonaron el templo caminando sobre una alfombra roja que conducía a una imponente puerta de salida. Un espectáculo fastuoso frente a la humildad de los fieles, visitantes y peregrinos que llegan hasta el altar para abrazar la imagen del apóstol. Quedé confundida. Estaba segura de no estar en la semana de la moda de París ni en la ceremonia de entrega de algún premio de farándula americana. Que me perdonen los creyentes, pero tal fastuosidad exhibida frente a la humildad del público no merece mi respeto. Después de este espectáculo, aumentó mi desconfianza por la Iglesia. He ahí mi transformación del camino de Santiago.

María Vélez Johnson es contadora egresada de la Universidad de Medellín.